

ANDALUCÍA

EL DRAMA DE LOS PESQUEROS ANDALUCES

L

A muerte de Antonio Real Sosa, el tripulante del pesquero de Isla Cristina, «Filo-Ami», alcanzado por ráfagas de ametralladora cuando faenaba en aguas portuguesas frente a Vila Real de Santo Antonio, ha suscitado no sólo hondo pesar en Huelva y su provincia, sino también clara preocupación de cara al futuro. Hasta ahora eran los marroquíes los que se dedicaron a la caza del pesquero español, a pesar de las buenas relaciones Madrid-Rabat, de los acuerdos y de todo eso de «la buena amistad de los países árabes». Ahora, en todo el litoral meridional de Andalucía, desde Ayamonte a Almería, armadores y tripulantes se abre paso una nueva amenaza. Resulta que también nuestros vecinos portugueses van a inaugurar malos modos a la hora de reprimir la pesca en sus aguas.

Aunque las versiones facilitadas por las autoridades lisboetas y las recogidas de labios de los marineros del «Filo-Ami» no concuerdan

parece cierto que el pesquero onubense estaba «fuera de juego», en flagrante infracción. Aún así resulta chocante que se utilicen medios tan contundentes y de consecuencias irreparables para resolver estas cuestiones. La gente se pregunta, cuando tiene noticia de estos atentados o de la captura de algún barco nuestro, si es que los «demás» no se meten nunca a faenar en aguas españolas. No recordamos, efectivamente, ninguna presa de embarcaciones ajenas por parte de nuestros patrulleros armados. En Ceuta, me contaban cómo los marroquíes asaltaban a nuestros pesqueros delante de nuestras propias narices, cuando un disparo de cañón a tiempo podría haberles amparado. «Pero luego dirían —me explicaban— que era una provocación imperialista.»

Quizá no se haya insistido lo suficiente a la hora de presentar el drama de los pescadores andaluces, que han visto mermadas sus posibilidades de trabajo, en algunos casos en un 80 por 100, desde que se abrió la veda de la caza



y captura del pesquero hispano. Millares de familias han visto reducidos sus ingresos, aparte de lamentar las calamidades que el apresamiento entraña para los tripulantes.

Sucedió en Los Palacios, un blanco pueblecito a dos pasos de Sevilla. Se había reparado la iglesia parroquial y, mediante suscripción de los fieles, se había costeado el encalado de su fachada. «Había quedado, afirmaban los vecinos, como una paloma.» Pero durante la noche fueron allá los muchachitos del PCE y llenaron los muros de propaganda, anunciando la libertad y la democracia que Santiago Carrillo ofrece. Cuando a la mañana siguiente —que era domingo— se descubrió la faena, la indignación fue general. Las mujeres, en particular, clamaban contra el desatino. No pocos caballeros fueron invitados por sus esposas o hijas a intervenir. «¿O es que no hay riñones en este pueblo para evitar que

ensucien las iglesias?», decían las más jóvenes y resueltas. Las viejas se santiguaban y recordaban los incendios de 1936. «Se empieza así y se acaba destruyendo los templos.» Total, que algunos vecinos, provistos de escaleras y cubos de agua, acudieron a dejar limpia de carteles la fachada. Cuando estaban ya encalando se presentaron los guardias civiles —el cuartel está frente a la iglesia— y se llevaron con ellos a los arrancadorees. «Es un delito —explicaron— estropear la propaganda electoral ajena.» En vano replicaron los vecinos que la fachada de la iglesia no era lugar a propósito para tal exhibición.

Por lo que me contaron, resultó impresionante «el servicio de orden» montado por el PCE en el mitin de Dos Hermanas. Se explica que quienes pensaban alzar la voz contra el «conformismo» de Carrillo se quedaron inéditos. Sé de una militante de un grupo feminista de extrema izquierda que cuando Amparo Rubiales, candidata comunista al Senado, explicaba cómo el Partido valoraba la participación de la mujer en la vida pública y decía que había tenido siempre en cuenta su opinión, se levantó y gritó: «¿Y cuándo se nos ha preguntado eso de aceptar la Monarquía y la bandera bicolor?» Al instante, dos «gorilas» le aplicaron sus garras sobre los hombros y le amenazaron: «O te callas o vas a ir a casa con la boca partida.» Naturalmente, la pobre se calló.

Francisco NARBONA

(Sevilla)